NEW LEFT REVIEW 100

SEGUNDA ÉPOCA

SEPTIEMBRE - OCTUBRE 2016

EDITORIAL

SUAN WATKINS — ¿Soltando amarras? 7

ARTÍCULOS

MALCOLM BULL — Ablandar el Estado 39
TONY WOOD — Espejos oscuros 61
PERRY ANDERSON — Los herederos de Gramsci 79
NANCY FRASER — El capital y los cuidados 111
MICHEL AGLIETTA — La desaceleración estadounidense 133

CRÍTICA

ROB LUCAS — La máquina libre 146
EMMA FAJGENBAUM — La cultura de la auditoría 163
DAVID OWEN — Los conformistas 172

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

tds traficantes de sueños

SUSCRÍBETE

David Graeber, *The Utopia of Rules: On Technology, Stupidity and the Secret Joys of Bureaucracy,* Nueva York, Melville House, 2015, 261 pp.; *La utopía de las normas,* Barcelona, Ariel, 2015.

Emma Fajgenbaum

LA CULTURA DE LA AUDITORIA

El auge del neoliberalismo vino acompañado de una batería propagandística que anunciaba el repliegue del Estado. Burocracia era la palabra comodín para todo lo rígido y opresivo, todo aquello que la mercantilización prometía disolver y convertir en flujos ligeros de elección individual, liberados de la murga de las normas y los procedimientos. En lugar de ello, las regulaciones se han expandido hasta invadir cada rendija de la existencia social: los «términos y condiciones» comerciales que generan las burocracias empresariales son tan innegociables que automáticamente marcamos la casilla, sabiendo que no tiene ningún sentido leerlos; las construcciones de nuestras identidades consumidoras, cívicas y geográficamente posicionadas mediante el *big data*, son burocráticas y están sometidas a la norma en grado superlativo. Y aún así, la oposición ideológica entre el Estado y el libre mercado ha arraigado de tal manera que resulta muy difícil que la conciencia de la naturaleza hiperreguladora del capitalismo contemporáneo avance terreno. Incluso tras la ola de los rescates gubernamentales que se sucedieron tras el *crash* de 2008, la concepción ideal de la independencia del mercado con respecto a las regulaciones gubernamentales domina absolutamente.

En su último libro, el antropólogo estadounidense David Graeber argumenta que, con la difusión capilar de la burocratización bajo el neoliberalismo, estamos más sometidos que nunca a las reglas del Estado aunque, tras un aluvión de escritura imaginativa sobre este tema en las décadas de 1960 y 1970, los análisis de izquierda hayan abandonado en su mayoría

este terreno. En opinión de Graeber, una crítica radical de la burocracia sigue siendo aún una exigencia política, siendo una razón no menor para ello la necesidad de combatir la pretensión de la derecha partidaria del libre mercado de ostentar el monopolio sobre el tema. Un veterano de los movimientos antiglobalización de finales de la década de 1990, Graeber se implicó estrechamente en la planificación de la ocupación de Zuccotti Park en 2011 (se le atribuye el haber inventado el lema de batalla, «somos el 99 por 100» a partir de la obra de Saez y Piketty), defendiendo la organización no jerárquica del campamento, el rechazo del liderazgo formal y el desarrollo de nuevas formas de deliberación consensual. Las primeras investigaciones académicas de Graeber exploraban las divisiones sociales en Madagascar; en una serie de libros ha defendido «la afinidad natural» entre anarquistas y antropólogos, que comparten la conciencia (en un caso utópica, en el otro etnográfica) del «amplio rango de posibilidades» existentes más allá del orden social vigente. Sus *Fragments of an Anarchist Anthropology*[1], reunidos en 2004, se inspiraban no solamente en Bakunin, Proudhon y Kropotkin, sino también en Clastres, Mauss y Graves. La publicación, de estilo panfletario, dirigida en igual medida a los activistas y a los estudiantes de antropología, se inspiraba en los estudios etnográficos de Mauss sobre las economías del don que contradecían, según la argumentación de Graeber, la reivindicación fundadora de la economía basada en Adam Smith, de que el dinero había surgido para facilitar la tendencia humana a negociar e intercambiar. Esta línea argumental se amplió en *Debt: The First 5.000 Years* (2012)[2], que ofrecía una historia épica y milenaria de la deuda y del Estado, para exponer la «violencia estructural» alojada en las raíces del sistema financiero contemporáneo. La publicación del libro sintonizó con la revuelta de una nueva generación de jóvenes, lastrados por la deuda, contra los rescates a Wall Street; Graeber reiteró sus tesis del «contrapoder revolucionario», encarnando el principio de una política prefigurativa en la que los medios y los fines están en consonancia.

The Utopia of Rules es la prolongación del proyecto iniciado por las primeras obras de Graeber y en ella examina el capitalismo contemporáneo con una mirada antropológica, inspirándose en un abanico de puntos de referencia etnográficos y filosóficos muy amplio para articular una teoría de la libertad radical desgajada de las garras burocráticas. El libro incluye dos textos previamente publicados (el primero, una Conferencia Malinowski sobre la amenaza de coerción que subyace bajo la gestión burocrática generalizada de la desigualdad social; el segundo, un artículo publicado en la revista *Baffler* sobre los límites de la revolución de las tecnologías de la información),

---

[1] D. Graeber, *Fragmentos de una antropología anarquista y otros textos*, México DF, 2013.
2 D. Graeber, *En deuda. Una historia alternativa de la economía*, Barcelona, 2012.

arropados por una larga introducción y por una especulación filosófico-antropológica a modo de conclusión. A lo largo del texto, Max Weber figura como un punto de referencia, ya sea como interlocutor positivo o como algo parecido a un antagonista que pudiera ser superado por el pensamiento anarquista propio de Graeber. Escrito en un estilo directo, desenfadado, purgado de la jerga académica, el alcance de estos capítulos señala lo vasto que es el terreno de la burocracia, que se extiende mucho más allá del despacho. Pero, como reconoce Graeber, aunque el paisaje es expansivo, se caracteriza también por una anomia cultural extraña para los antropólogos, habitualmente atraídos por «redes de densidad». Este aspecto, argumenta, lo ha capturado mejor «la gran literatura de la burocracia» (Kafka y Borges, por supuesto, pero también *El palacio de los sueños* de Kadaré, *Todos los nombres* de Saramago, *Trampa 22* de Heller y *El rey pálido*, de David Foster Wallace, ambientada en una delegación de Hacienda del Medio Oeste), cuyas formas comparten miméticamente la circularidad burocrática, capturando su vacío y sus formas sin sentido, semejantes a laberintos: Josef K. navegando por los pasillos de *El proceso* en la prosa imperturbablemente neutral, que Adorno identificaba como la clave de «la huida hacia lo inhumano» de Kafka.

The Utopia of Rules ofrece una antropología de la burocracia desde la década de 1970, exponiéndola no como un estrato discreto o una clase del orden social, sino como una normalización difusa, que se infiltra en todas y cada una de las rendijas de nuestras vidas. El paralelismo Estado/empresa, que Weber identificó hace ya un siglo, se ha hipertrofiado hasta convertirse en una fusión *sui generis* de los sectores público y privado, ambos trabajando con la vista puesta en el beneficio y en contra de la autonomía popular, con la subsiguiente ampliación de los «principios burocráticos a todos los aspectos de nuestra existencia» en un proceso que Graeber denomina «la burocratización total». La extensa introducción del libro relata la historia de esta fusión hipertrofiada del Estado y el mercado. El punto de partida de Weber fue el sistema prusiano, que en *¿Qué es la burocracia?*[3] se elogia como un milagro de «precisión, rapidez, falta de ambigüedad, conocimiento de los archivos, continuidad, discreción, unidad, subordinación estricta y reducción de la fricción y los costes materiales y personales», aunque al mismo tiempo fuera una jaula de hierro o una «carcasa de acero». Graeber, por el contrario, describe un modelo especialmente estadounidense, exportado con posterioridad a todo el mundo, cuyos orígenes pueden trazarse en el despegue y la consolidación del capitalismo estadounidense después de la Guerra de Secesión. Pero, si en la década de 1860 las empresas estadounidenses (y alemanas) superaron a sus rivales ingleses mediante la copia de los eficaces procedimientos burocráticos del gobierno, en el siglo XX se revierte el flujo

3 Max Weber, *¿Qué es la burocracia?*, Buenos Aires, 1985.

de influencias y fueron los burócratas del sector privado (los cuadros medios) quienes establecieron el patrón para los funcionarios de la administración. Los funcionarios del *New Deal* de Roosevelt, argumenta Graeber, trabajaban en estrecha coordinación con los abogados, ingenieros y administradores contratados por Ford, Coca-Cola y Proctor & Gamble, «absorbiendo en gran medida su estilo y su sensibilidad»: «desde el estilo de vestir y el lenguaje hasta el diseño de las oficinas, la mayoría de los hábitos burocráticos estadounidenses procedían del sector privado». La irrupción de Estados Unidos en la escena mundial, en la década de 1940 se corresponde con el auge de «este capitalismo corporativo-burocrático como una forma específicamente estadounidense». Su logro más impresionante fue la construcción de las primeras instituciones burocráticas globales –las Naciones Unidas, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, la Organización Mundial del Comercio–, que llegan a su plenitud con la globalización burocratizada de la década de 1990 una vez concluida la Guerra Fría.

El crecimiento del sector financiero, a partir de la década de 1980, proporciona las bases para este último estadio de la burocratización. Graeber explica sus inicios aduciendo el giro estratégico de la gestión empresarial para alinearse con los accionistas, en vez de con la empresa en su conjunto, a medida que la caída de los beneficios fortalecía las exigencias del accionista en pro de estrategias cada vez más despiadadas orientadas a la obtención de beneficios. A medida que las grandes empresas se financiarizaban, las finanzas se empresarializaban y, así, los fondos de alto riesgo y los bancos de inversión reemplazaron a los inversores individuales, una vez que la desregulación de la década de 1980 permitió a los fondos de pensiones y seguros realizar inversiones de riesgo. Este fue el contexto en el que las últimas técnicas de gestión corporativo-burocráticas («cultura de la auditoría», evaluación del rendimiento, encuestas de empleo del tiempo, etcétera) empezaron a infiltrarse en la educación, en los servicios sociales y en las tareas de policía, trayendo con ellas un vocabulario «brillante y vacío», que hablaba de «visión», «innovación» y «excelencia», así como la cultura burocrática de la complicidad y su amenaza subyacente de coerción.

La universidad, exhaustivamente infiltrada por la jerga burocrática de «resultados» y «partícipes» [*stakeholders*], es objeto de un especial escrutinio por parte de Graeber, no solamente por sus procedimientos, sino por su complicidad académica. «Un tímido espíritu burocrático ha acabado por bañar todas las facetas de la vida intelectual». Aquí Graeber sugiere que el dominio hegemónico en las universidades de Estados Unidos, primero de Weber en las décadas de 1950 y 1960 y, después, de Foucault a partir de la de 1980, aunque pueda deberse en parte a «la facilidad con la que ambos pueden adoptarse como una especie de anti Marx» (sus teorías optimizadas para argumentar que el poder no es de manera primaria una cuestión del control sobre la

producción, sino, en realidad, un rasgo multifacético e inevitable de la vida social), puede también deberle algo al hecho de que ambos teóricos otorgaron a las formas burocráticas de organización un enorme poder e influencia. Weber fue expuesto en su «forma más esquemática» en *Toward a General Theory of Action*, de Talcott Parsons, y de modo todavía más estilizado por el Departamento de Estado y los funcionarios del Banco Mundial como una teoría de la modernización, «promovida como una alternativa al marxismo» sobre los campos de batalla ideológicos del Sur global. En el caso de Foucault, el espíritu de la burocracia era aún más poderoso: todos los aspectos de la vida humana –salud, sexo, trabajo, moralidad, verdad– se convertían en productos del discurso administrativo. Después de que el funcionalismo parsoniano cayera en descrédito por las revueltas de la década de 1960, Foucault adquirió una ascendencia aún mayor, al menos dentro de las disciplinas «oposicionales», que habían absorbido a los antiguos radicales dentro del campus (Kafka sigue siendo un punto de referencia clave para la tradición foucaultiana).

Mientras tanto, el resultado de la «emancipación» neoliberal ha sido, en realidad, que el trabajo burocrático de los antiguos oficinistas se ha descargado sobre los hombros de los individuos: todos nosotros somos efectivamente administradores a tiempo parcial, aunque tecleamos sobre las pantallas de los teléfonos inteligentes, en lugar de rellenar formularios sobre una carpeta. El tercer capítulo de Graeber examina las formas en las que la burocratización capitalista ha desvirtuado la promesa utópica de la última revolución tecnológica. Los coches voladores y las granjas en Marte no se han conseguido materializar; lejos de liberarnos en una utopía postrabajo, las innovaciones tecnológicas sólo han tenido como consecuencia la deslocalización de los empleos industriales a las zonas con salarios más bajos, con la consiguiente creación, en el núcleo del capitalismo avanzado, de lo que, en otro lugar, Graeber ha denominado «empleos ridículos»: facilitadores de recursos humanos, estrategas de innovación y cosas así. Las zapatillas deportivas de alta tecnología no se producen mediante nanotecnología autorreplicante, sino con anticuadas máquinas de coser que manejan las hijas de los granjeros mexicanos o indonesios, arrojados de sus tierras ancestrales por el TLCAN o la Organización Mundial del Comercio.

Graeber argumenta que la centralizada Unión Soviética fue de hecho un punto álgido del progreso tecnológico; dirigida por burócratas, sin duda, pero por «burócratas que osaron soñar sueños sorprendentes» (no siendo el de la revolución mundial el menor de ellos). Graeber se centra principalmente en la carrera espacial, pero también hubo, en una fecha tan tardía como la década de 1980, un intento de resolver el problema mundial del hambre mediante el cultivo de una bacteria comestible llamada espirulina en los lagos y los océanos, así como un plan para resolver la escasez mundial de energía colocando cientos de plataformas gigantescas de energía solar en

órbita y radiando la electricidad resultante de vuelta a la tierra. Esta energía se reflejaba también en Estados Unidos y si se dice a menudo que el alunizaje del Apolo fue el mayor logro histórico del comunismo soviético, no hay que olvidar que este fue la quintaesencia de un esfuerzo nacional liderado por un gobierno fuerte y expansivo (Graeber incluso sugiere que el inconsciente comunista americano halla su expresión en la Federación de Planetas de *Star Trek*, en tanto «el leninismo llevado a su éxito cósmico total y absoluto», una feliz coyuntura de abundancia material y conformidad ideológica). La victoria final sobre la Unión Soviética en la Guerra Fría no condujo sencillamente al aplastamiento del centralismo burocrático y el resurgimiento del mercado, nos dice. Más bien, «cimentó el dominio de elites gestoras fundamentalmente conservadoras, burócratas corporativos que usaban la excusa del pensamiento a corto plazo, competitivo y basado en resultados para sofocar cualquier cosa que pudiera tener implicaciones revolucionarias de cualquier tipo». *Pace* Mises y sus herederos, la distinción entre burocracia y libertad no puede traducirse tal cual en la oposición entre el viejo Estado planificador y su sucesor neoliberal.

Más que pedir la abolición de las jerarquías administrativas en cuanto tales, Graeber distingue entre dos tipos diferentes de aparatos tecnológicos: el poético y el burocrático. Las tecnologías poéticas ponen los medios racionales burocráticos al servicio de fines imaginativos, para así poder construir catedrales y naves espaciales, pero también bibliotecas y escuelas infantiles. Una tecnología burocrática, por el contrario, es aquella en la que los valores se invierten y en la que enormes cantidades de imaginación, inteligencia y recursos financieros se gastan, por ejemplo, en desarrollar un *software* para hacer un pedido *online* en el supermercado. El mejor ejemplo para Graeber de un aparato poético es Correos, cuyo desarrollo bosqueja, desde los correos militares de la antigua Persia o Roma hasta los sorprendentemente eficaces servicios postales públicos nacionales e internacionales de los siglos XIX y XX (Tocqueville ya se maravillaba del volumen de cartas que circulaban por los «bosque salvajes» de Kentucky), alabados por Lenin en *El Estado y la revolución* como un modelo para la organización de la economía material y por Kropotkin como prueba de que la sociedad internacional podía funcionar sin un Estado internacional. En opinión de Graeber, Internet, aunque en general le resulta decepcionante, tiene también la capacidad de operar como una tecnología poética: sus códigos binarios pueden ser transmisores de declaraciones de amor, efusiones artísticas, manifiestos subversivos... todo lo que ya no es en una era en la que, como ocurrió con el servicio postal, un aparato democráticamente accesible se ha convertido en un instrumento de vigilancia gubernamental. Aún así, la sugerencia no parece ser «la extinción», sino más bien la subordinación de los medios racionales burocráticos a fines útiles o deseables como el correcto punto de partida.

Si las formas más perniciosas de burocracia proceden de las mismas estructuras que proclaman su superación, la conformidad debe proceder de otra parte. El ensayo que concluye el libro apunta a que la burocracia de hecho tiene su propio atractivo encubierto, que nos mantiene encerrados dentro de formas de pensamiento atenazadas por las leyes, más aún si cabe desde que los gobiernos aducen haber tomado el control sobre el mercado. Este último capítulo es el más flojo del libro, no solo porque fracasa a la hora de ordenar los puntos dispares que se han suscitado ya, sino porque se embarca en una nueva línea de investigación que simplemente se consume. Empieza bastante bien, con una discusión de la racionalidad que enfrenta una noción idealista de la razón, en tanto que opuesta a la materia, con una comprensión materialista más útil de ella, en la que el argumento racional supone una valoración precisa de las realidades objetivas; el contrapunto neurológico a esto es que no hay tal cosa como pensamientos «puros», divorciados de las emociones. Esto parece apuntar a que la razón tendría un papel dentro de la sociedad semejante a la Oficina de Correos, pero, en lugar de ello, Graeber vira hacia un intento weberiano de contrastar las disputas público-políticas por el poder (con su fabricación compulsiva de narrativas) con las rutinas mecánicas de la administración burocrática; y esto se desvía después hacia una discusión sobre el papel de los malvados burócratas en la ficción fantástica, antes de desembocar en sus reflexiones finales sobre los juegos y el juego. El punto general parece ser una afirmación antropológico política de que los humanos se ven atraídos por las mismas restricciones que encarnan las estructuras burocráticas contra las que se rebelan y que su rebelión, quizá, recreará de nuevo. Cuando los niños juegan, señala, pasan una gran parte del tiempo creando las reglas de sus juegos. La libertad, también, es «la tensión del juego libre de la creatividad humana contra las reglas que está constantemente generando». Graeber menciona brevemente los «procesos de consenso» de la democracia directa de Occupy: el objetivo sería hacer reglas «tan predecibles que desaparecerían» (una especie de servicio de correos democrático), pero el riesgo sería un resultado que fuera sólo reglas y no juego. Esta avenida se cierra abruptamente y el libro termina con un regreso bastante brusco al contexto económico político más amplio, en el que todos somos administradores de una burocracia que sustenta la riqueza y el poder de unos pocos privilegiados. La conexión entre las realidades socioeconómicas y la estrategia anarco antropológica no llega a producirse y nos quedamos con los postes que señalan al menos tantas direcciones como capítulos hay.

¿Por qué esto es así? El mandato ético-político está claro: romper los límites de las estructuras que nos confinan; pero el camino que nos llevará más allá de la burocratización total no se señala nunca. La discusión sobre el «juego» resuena con los matices de pensamiento romántico idealista que vienen y van en este libro, ya que, en tensión con el análisis sociológico de la

financiarización y de la ideologización de la universidad y a pesar de la crítica explícita de Graeber al idealismo racionalista y su defensa de la «tecnología poética», existe una corriente romántica propia que opone la burocracia a la imaginación y la conectividad humanas *tout court*. El problema aquí es que la burocracia se distiende hasta tal punto que pierde toda especificidad descriptiva. No queda claro si el blanco de Graeber es realmente la racionalización weberiana, la deriva financiera estadounidense o, sencillamente, el Estado en general. «Burocracia», en esos momentos, recibe su mayor precisión definitoria mediante su contraste con cosas como la imaginación, la libertad y la comunicación directa, pero los atavíos de dichas constricciones no pueden sencillamente identificarse como «burocráticos». En ocasiones, burocracia significa para Graeber:

> Un vasto aparato de ejércitos, de cárceles, de policía, de diversas formas de empresas de seguridad privada y de aparatos de inteligencia militar y policial, así como de artefactos de propaganda de cualquier variedad imaginable, la mayoría de los cuales no atacan directamente a las alternativas, sino que crean un clima omnipresente de miedo, conformidad jingoísta y de pura y simple desesperación.

En otras ocasiones se asocia con «las cabinas de voto, las pantallas de televisión, los cubículos de las oficinas, los hospitales y los rituales que los rodean»: «toda la maquinaria de la alienación», «los instrumentos mediante los cuales se aplasta y hace añicos la imaginación humana». De nuevo, la policía es más tarde caracterizada como «burócratas con armas», «que pasan todo su tiempo imponiendo todas esas infinititas reglas y normativas acerca de quién puede comprar o fumar, o vender o construir o comer o beber qué y dónde». En estos puntos, la «burocratización total» de Graeber parece acercarse mucho a esa hipertrofia weberiana o foucaultiana que tan elocuentemente critica en sus primeros capítulos. El eslabón conceptual perdido podría ser una teoría del Estado que se adecúe a la actual interpenetración de los poderes financiero, empresarial y político, cuya etnografía tan bien describe: una teoría que nos permita distinguir las operaciones del beneficio, la propiedad, la coerción y la pacificación social dentro del constructo monolítico de la «burocracia».

Las lealtades duales de Graeber –por una parte un demócrata directo, aparentemente antagonista a cualquier mediación del Estado y, por la otra, un antropólogo, con aprecio y respeto por las estructuras– producen, en último término, una dicotomía: atrapada entre un panfleto político y una obra de antropología, *The Utopia of Rules* no consigue del todo integrar sus dos corrientes. Si Graeber hubiera perseverado en la línea de investigación que plantea en los primeros capítulos habría producido un análisis más detallado de las estructuras burocráticas de hoy en día. Más allá de la frontera ideológica de la universidad, podría haber investigado las formas en las que

las técnicas burocratizadas de la guerra y la matanza, desarrolladas durante la primera mitad del siglo XX, han alcanzado un nuevo cénit con las campañas de drones de Obama, erradicando efectivamente la dimensión ética de la toma de decisiones en la guerra. Los regímenes fronterizos organizan cada vez más la entrada de inmigrantes según un sistema de puntos, que ayuda a asegurarse que el fenómeno del movimiento humano se racionaliza según una serie de criterios que garantizan un estatuto legal únicamente a aquellos que el capital necesita. Es una lástima, igualmente, que no explore los primeros escritos sobre la burocracia de tendencia marxista, a los que alude brevemente, mencionando entre ellos los modelos solo ligeramente delirantes de los consejos democráticos de obreros de Ernest Mandel. En lugar de ello, ha escrito la mitad de un libro muy interesante sobre la burocracia, después ha perdido el hilo con divagaciones medio estructuralistas sobre el juego y, finalmente, ha abandonado el proyecto.

¿Puede ser que el punto en el que Graeber se ha detenido se explique por su reticencia a explorar el abismo escalar entre los nuevos movimientos horizontalistas y la «burocratización total» que los confronta? Hay en este caso una paradoja añadida, ya que aunque Occupy y el movimiento antiglobalizacion no han desarrollado una burocracia en el sentido clásico del término, al estar, como lo están, estrechamente ligados a lo que Murray Bookchin llamaba «el desdén anarquista por el poder», sí ha habido, no obstante, algo de burocrático en el interminable formalismo organizativo de los procedimientos de gestos manuales, basados en el consenso, como lo hay, de hecho, en la insistencia misma en el consenso total. ¿Acaso la aplicación (y elaboración) de dichas reglas en el contexto de Occupy no se arriesga a que emerja un estrato dirigente desautorizado y, por lo tanto, no responsable, en la que se incluiría el propio autor? Graeber el antropólogo reconocería los efectos, en ocasiones perversos, que resultan de los intentos de Graeber el anarquista de arrinconar completamente la burocracia mientras aún permanecen las condiciones que la producen.